

Tema 1: La liturgia, obra de la Santísima Trinidad

“Pues de su plenitud todos hemos recibido gracia tras gracia” (Jn 1,16)

Objetivo: Reconocer la acción trinitaria en la liturgia y aprender a vivir su dimensión de misterio.

Introducción:

Desde antiguo el hombre tiene necesidad de comunicarse con Dios. Las primeras civilizaciones ofrecían sacrificios a los dioses para ganarse su favor y obtener buenas cosechas o librarse de peligros. En el trance de la muerte, en la batalla ante los enemigos y en todos los momentos importantes, aparecen seres superiores que dan explicación al misterio de la vida y sus avatares y, sobre todo, aparece en germen una cierta idea de “reparación”, el hombre necesita ponerse a bien con dios. Estas civilizaciones generaron una “liturgia”, una forma de celebración de estos encuentros con los dioses.

Israel, el pueblo escogido por Dios, va recibiendo la revelación por medio de su palabra y de los acontecimientos históricos y los textos sagrados van anticipando progresivamente la verdad de Dios y del hombre. El hombre anhela la comunión con Dios, tiene ansia de eternidad y no hay sacrificio válido que ofrecer al Señor a cambio. Muchas escenas del Antiguo Testamento recuerdan esta realidad. Abrahán subiendo al monte para entregar a su hijo, que es sustituido por un carnero, que el mismo Dios provee para indicar que no es el hombre quien está capacitado para ofrecer la víctima agradable a Dios. También es un símbolo recurrente el lugar del encuentro con Dios, primero la tienda y después el templo, que no pueden contener la inmensidad de Dios (“...no habita en templos contruidos por manos humanas”, Hch 17,24)

Con el paso del tiempo, se va prefigurando lo que será la auténtica liturgia que tiene su fuente y su destino en la verdad trinitaria de Dios. La vida de la Trinidad divina es el origen de la creación y fuente de todos los dones. La vida trinitaria es el origen del plan de salvación, de la verdadera Redención. Toda celebración litúrgica, y sobre todo la Eucaristía, manifiesta la voluntad amorosa del Padre que dona a su Hijo, la actualización del misterio de Cristo y la acción del Espíritu Santo. Se trata de un camino de ida y vuelta: el Padre por amor a su criatura dona al Hijo, que se hace uno de nosotros, hasta la muerte. Por su Resurrección, abre las puertas al don del Espíritu Santo, que actúa en nosotros haciéndonos comprender el misterio de Cristo, para adherirnos a Él (por la liturgia) y llegar así a la gloria del Padre. Los antiguos anhelos del hombre son así colmados.

Este es el único culto razonable, no puede haber otra víctima, no puede haber otro sacrificio, no puede haber otro templo que el mismo Cristo. “Jesús contestó: Destruid este templo y en tres días lo levantaré” (Jn 2,19). En la liturgia cristiana es Dios quien toma la iniciativa, y comunica sus dones a sus criaturas, consistentes en su propio Hijo encarnado, que a su vez es Verbo Divino, comunicación activa, y su Espíritu Santo, que

acompaña al hombre en su caminar. El misterio pascual de Cristo: su sufrimiento, su muerte, su sepultura y su resurrección no son acontecimientos del pasado. Sucedieron en un momento de la historia, pero trascienden el tiempo y se mantienen presentes hasta la consumación de los tiempos. La Iglesia recibe el Espíritu Santo en Pentecostés con el encargo de anunciar el acontecimiento Pascual, pero sobre todo de hacer presente a Cristo por el poder del Espíritu en las acciones litúrgicas de las comunidades cristianas. La liturgia, como obra del Espíritu Santo, es “fuente y cumbre de toda la vida cristiana” (LG 11).

La alusión a la Trinidad en todas las celebraciones litúrgicas y en especial en los sacramentos es constante. Al comienzo de la misa se entona el *Gloria*, himno trinitario y la plegaria eucarística termina con la doxología “por Cristo... a ti Dios Padre... en la unidad del Espíritu Santo...”. En el Bautismo se derrama el agua “en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”, y así en toda ocasión.

Asistimos, pues, al mayor misterio de nuestra vida, el Espíritu nos capacita para unirnos a la Pascua de Cristo y ser parte de su Cuerpo, la Iglesia, y nos anticipa así nuestro verdadero destino, la contemplación del rostro del Padre, “éste es el misterio de nuestra fe”.

Sin embargo muchos cristianos a menudo participamos en las celebraciones litúrgicas de forma anodina y rutinaria, porque no comprendemos la profundidad del misterio en el que penetramos, que nos hace partícipes de la comunidad trinitaria de amor. Este sentido de “misterio”, de estar participando en algo muy grande, de acudir a la presencia de Dios, que tenían los hombres primitivos en sus ritos, lo hemos perdido los conocedores de la verdadera liturgia. Tenemos, pues, que volver a los fundamentos de nuestra fe, y recuperar la actitud de los conversos para que nuestros frecuentes encuentros con Dios en las celebraciones litúrgicas no nos arrebaten la capacidad de asombro, de emoción, de “temor de Dios”, de comunión con los hermanos que participan con nosotros y la necesidad urgente de comunicar nuestra experiencia a los demás.

La participación en la vida trinitaria (misterio de amor) debe llevarnos también a vivir este amor en nuestra actividad cotidiana. Cada celebración litúrgica debe conducirnos al amor a nuestros familiares, compañeros de trabajo, vecinos y a todos los hombres. Pero también amor a nuestro trabajo, a nuestras dificultades cotidianas.

Partiendo de la Vida (Ver)

1. Presentar hechos de mi vida en los que he participado en celebraciones litúrgicas desganado o ausente, evadiéndome del misterio y de la trascendencia de la celebración. Por el contrario, hechos de vida en los que he podido disfrutar de la celebración con auténtico asombro y verdadera emoción por sentirme invitado a este encuentro con el Señor, comprendiendo la trascendencia del misterio en el

que estaba participando.

2. ¿Soy consciente de que todo en la eucaristía gira en torno a la Trinidad: al Padre, en el Hijo, por el Espíritu Santo? ¿Rezo el himno del Gloria como auténtica alabanza al Dios uno y trino, o me limito a recitar una oración aprendida? Ilustrar con hechos de vida.
3. Puedo contar hechos de mi vida en los que he podido transmitir a otros la grandeza de participar en celebraciones litúrgicas y he animado a que me acompañaran a alguna de ellas.
4. Mostrar con hechos de vida cuál ha sido mi actitud cuando he participado en celebraciones centradas en lo accesorio o superficial, como alguna boda, primeras comuniones o funerales.

Iluminación desde la fe (Juzgar)

A) Sagrada Escritura

- El misterio de amor trinitario se comunica al hombre (Jn 14,23-26).
- Jesucristo se hace presente en las celebraciones litúrgicas (Mt 18,20).
- El hermoso himno de la carta a los Efesios que rezamos en las vísperas nos recuerda el plan de salvación de Dios y cómo nos da a conocer su misterio (Ef 1,3-10).
- El Génesis nos narra el sacrificio de Abrahán (Gén 22,1-14).
- Sobre la construcción y significado del templo en Israel podemos leer 2 Crón 2,1-9.
- El salmo 40 anticipa la idea de que la ofrenda agradable a Dios es hacer su voluntad, y evoca todo él la figura de Cristo.
- Cristo se nos revela como el verdadero lugar de encuentro con el Padre (Jn 2,19-22).

B) Magisterio de la Iglesia

- Los puntos 2, 5 y 10 de SC sitúan la liturgia en relación a Cristo y su obra redentora.
- Los puntos 1077 a 1112 del CEC indican específicamente la acción trinitaria en la liturgia. Son especialmente significativos los puntos 1082 y 1085.
- La carta encíclica *Ecclesia in Europa* del beato Juan Pablo II en sus puntos 69 a 71 nos introduce en el sentido trinitario de la liturgia y en la dimensión misteriosa de la celebración.
- También será aconsejable repasar la encíclica del beato Juan Pablo II *Ecclesia de Eucharistia*. El punto 8 resume admirablemente la dimensión trinitaria y cósmica de la eucaristía.

Compromiso apostólico (Actuar)

Individualmente podemos comprometernos a considerar especialmente la dimensión trinitaria en nuestras celebraciones litúrgicas, poniendo especial atención a cómo hacemos la señal de la Cruz o recitamos el “Gloria” al comienzo de la misa.

Otro compromiso podría consistir en intentar tener la actitud de los recién bautizados de las primeras comunidades cristianas: asombro y agradecimiento por poder participar en la liturgia, y valorar todas y cada una de las eucaristías que celebramos.

También podemos asumir alguna actividad que muestre cómo el amor de Dios, del que participamos en la liturgia, nos impulsa a amar a los demás, por ejemplo: acompañar a ancianos o enfermos que de otra manera no podrían ir a misa o llevar un grupo de oración dirigida al término de alguna eucaristía.

Como compromiso de grupo, podemos proponer en la parroquia dar una charla a los grupos de preparación a los sacramentos (Matrimonio, Bautismo, etc.) para explicarles toda la trascendencia de la celebración.

